

## ENSAYO

# CAUSAS Y COSAS

(Rev GPU 2016; 12; 1: 154-155)

Hernán Villarino

Distinguimos, en el lenguaje, las causas de las cosas. A la bola de billar la llamamos cosa, pero cuando golpea a otra bola de billar y la pone en movimiento decimos que es la causa de ese movimiento, de modo que ser causa y ser cosa pareciera que son lo mismo. Ahora bien, si ponemos más atención vemos que la causa no es la cosa, no es la bola de billar en tanto que tal la causa del movimiento, sino la energía, la fuerza que trae. Una de las bolas transmite a la otra un impulso que no le pertenece de modo intrínseco, lo ha recibido antes, caso contrario bien pudiera ser que estuviera en reposo y no moviera nada. Por sí misma la primera bola no es causa, solo es causa cuando transmite lo que en propiedad no le pertenece. Es notorio que el mismo movimiento de la segunda bola podemos producirlo con un chorro de aire comprimido. Como el aire comprimido no es la misma cosa que la bola de billar, pero sus efectos son los mismos, entonces está muy bien que en el lenguaje diferenciamos causas de cosas.

En otros términos, cosas y causas no solo se distinguirían lingüísticamente, sino ontológicamente. Serían entes distintos. Pero si ahora miramos más atentamente la cosa, p. ej. la bola de billar, vemos que también es un efecto de causas. Por lo pronto ha venido al mundo, no ha estado siempre, no es eterna ni absoluta, ni tampoco pudo haberse creado a sí misma porque eso es absurdo. Una cadena infinita de fuerzas y causas, que es aquello en lo que consiste la bola, hizo que estuviera aquí y ahora, pero por esa misma sucesión mañana ya no estará aquí ni en ningún otro lado, sin embargo, las causas por las que ha sido seguirán presentes y operando en el mundo. Según se dice nada se crea ni se destruye, todo se transforma.

Las cosas, como la espuma del mar, son fungibles; las causas, en cambio, parecen ser eternas, de donde se deduce que el universo no es una cosa, sino una fuerza, una actividad, como diría Schopenhauer. El universo del alemán, sin embargo, no es pensable ni comprensible, es irracional. Allí donde vale el pensar no estamos ante la realidad del mundo, sino ante su fenómeno, y es él, el fenómeno, el que está sometido al principio de razón suficiente. El mundo racionalmente cognoscible, para Schopenhauer, es el de los efectos, pero eso no es lo más real de la realidad, sino algo dependiente y caduco. Lo que está detrás del fenómeno, lo que lo produce y lo causa, es decir, la cosa en sí, es eterna y necesaria, pero en cambio es incognoscible, porque a diferencia del fenómeno no está sujeta al principio de razón suficiente. Y algo de verdad dice Schopenhauer, porque es cierto que no sabemos, no podemos representarnos ni mucho menos pensar ninguna causa, sino a través de sus efectos. Primeramente, el mundo es para nosotros un mundo de cosas y de relaciones entre las cosas, solo después comprendemos que eso no es todo, pero las causas debemos suponerlas a través de los efectos y nunca tenemos ni conocemos las causas como objetos o como cosas. Las causas son suprasensibles.

Algunos han sostenido que las causas no existen. Que en nuestra experiencia a partir de una cosa se siga invariablemente otra, según Hume, no supone que sea su causa, en el sentido que deba su ser y/o su modo de ser a otra cosa. Enciendo la luz y a continuación tiembla, pero nadie diría que darle al interruptor fue la causa del terremoto. Hay una secuencia temporal entre una cosa y la otra, y en este, como en todos los casos en que hablamos de causas, caemos en el sofisma del *prop hoc*

*ergo propter hoc*. No es disparatada la opinión de Hume, porque tanto en el caso citado como en cualquier otro, en lo que llamamos causa, por justificado que nos parezca, no está precontenido el efecto; en otras palabras: el efecto es extrínseco a la causa. En el mundo de las emociones esto es indudable. Puedo estar alegre por el triunfo del equipo que sigo, pero mi alegría pudo ser, también, porque gana el caballo al que he apostado, de modo que la alegría como alegría, lo que la alegría es no debe nada a ninguno de estos triunfos, ellos no son su causa. Y tanto es esto así, que reiterando este tipo de actividades somos conducidos a la angustia, el tedio y la tristeza. La misma causa, entonces, produce efectos distintos, de modo que dada una causa puede derivarse cualquier efecto lo cual anula el concepto de causa. En el mundo emocional entre lo que llamamos causa y efecto hay una pura secuencia temporal pero ninguna necesidad, de modo que tiene razón Hume, y esa supuesta medición científica de los acontecimientos vitales que llamamos GAF carece de sentido.

El sistema reticular activante (SRA) es una cosa entre otras cosas de una cosa mayor que llamamos cerebro. De esa cosa se dice que causa la conciencia. La conciencia, entonces, es el efecto de tal sistema. Pero debemos preguntarnos, con Hume, si no hay aquí solo una secuencia temporal pero ninguna causa, o como en el caso de la bola de billar: si no será que el SRA es simplemente el portador de una causa, de una fuerza o de un impulso que no le pertenece de modo intrínseco. Por lo pronto, en el efecto del SRA, es decir, en la conciencia, hay infinitamente más que en la causa (lo cual es un absurdo), porque en el SRE no hay conciencia. Si el SRA no es consciente, pero es la causa de la conciencia, se trata de un efecto francamente milagroso, porque en el efecto no hay nada de la causa. (Es como decir que en la causa de un movimiento físico no hay nada físico).

Puesto que la conciencia existe, si decimos que no es causada podríamos pensar que es una de las fuerzas de la naturaleza, y por tanto que preexiste a los seres

vivos, o que el universo es algo vivo y consciente. Algunos filósofos medievales, a partir de ciertas ambigüedades de Aristóteles, lo pensaron así. Su argumento es el siguiente: el dolor que siento es mío y nadie más lo siente ni lo conoce, pero en un concepto, en cualquier concepto, todos conocen lo mismo y del mismo modo que lo conozco yo, y de no ser así no sería un concepto sino una sensación, de modo que esa identidad del objeto conocido supone una identidad del sujeto cognoscente. Si hay tal identidad entonces el sujeto cognoscente, llamado intelecto agente, siempre es uno y el mismo, no es algo personal sino impersonal, pero del cual cada uno participa. El intelecto agente, o la conciencia, en este caso es una fuerza como puede ser la gravedad o el electromagnetismo, y todos participamos de ella como participamos de cualquier otra. A la inversa, para Schopenhauer lo que yo conozco idénticamente que el otro es el sentimiento. Yo sé lo que sienten otros por lo que siento yo, porque en el fondo del mundo no hay un intelecto agente sino una fuerza sintiente y doliente, y como en el ejemplo anterior es la misma en todos los casos y de la cual cada uno participa.

Dominar las causas, ser capaz de producir efectos queridos por mí, es lo que llamamos técnica. Pero la técnica no es un conocimiento de las causas, sino su dominio. Por eso algunos se preguntan si a un progreso de la técnica no le corresponde una progresiva ignorancia del ser del hombre y del mundo. Para el segundo Heidegger, ni el dominio del mundo ni la voluntad de poder, sino la serenidad, constituyen la clave para el verdadero conocimiento. Suele decirse que los árboles no dejan ver el bosque, para Heidegger en el bosque hay calveros, claros, donde la luz, y con ello la visión y el bosque mismo resplandecen. Pero fueron los griegos los que acuñaron la antigua metáfora del intelecto como luz que lo ilumina y lo muestra todo en su propio ser, ya que por sí misma no pretende cambiar ni modificar nada. Sin embargo, la luz no es una mera pasividad, es la más intensa de las actividades aunque no sea técnica ni mecánica.